

# La roca de Namba

Todas las tardes Namba, de siete años, se sentaba sobre una roca desde la que se divisaba la enorme planicie. A su derecha estaba la selva. Y a su izquierda —hasta donde se perdía la vista— se extendía la vasta planicie.

A Namba le encantaba observar a los animales salvajes. Hoy miraba una manada de elefantes que pastaba. Un pequeño elefantito jugaba y correteaba con su mamá. Las orejas de los elefantes se movían como gigantes ventiladores. Ello les permitía enfriarse mientras avanzaban de forma lenta y majestuosa.

El momento favorito de Namba era la puesta de sol. Sentía una emoción inexplicable al observar la enorme esfera dorada descender bajo el horizonte, y el cielo teñirse de maravillosos colores.

Aquella tarde el cielo estaba despejado. La bóveda celeste estaba iluminada por un hermoso brillo color dorado. El sol parecía colgar de un hilo invisible. Era una esfera perfecta de luz. Cuando el sol descendió tras el horizonte, dio la impresión de que la tierra se lo tragaba.



Namba había visto el sol ponerse muchísimas veces, pero siempre era especial para él. Los colores que se reflejaban en el cielo y el silencio que se hacía en la pradera durante esa parte del día acrecentaban el amor que sentía por Dios. Incluso parecía que los animales callaban su alboroto en señal de respeto a Dios, el gran Creador.

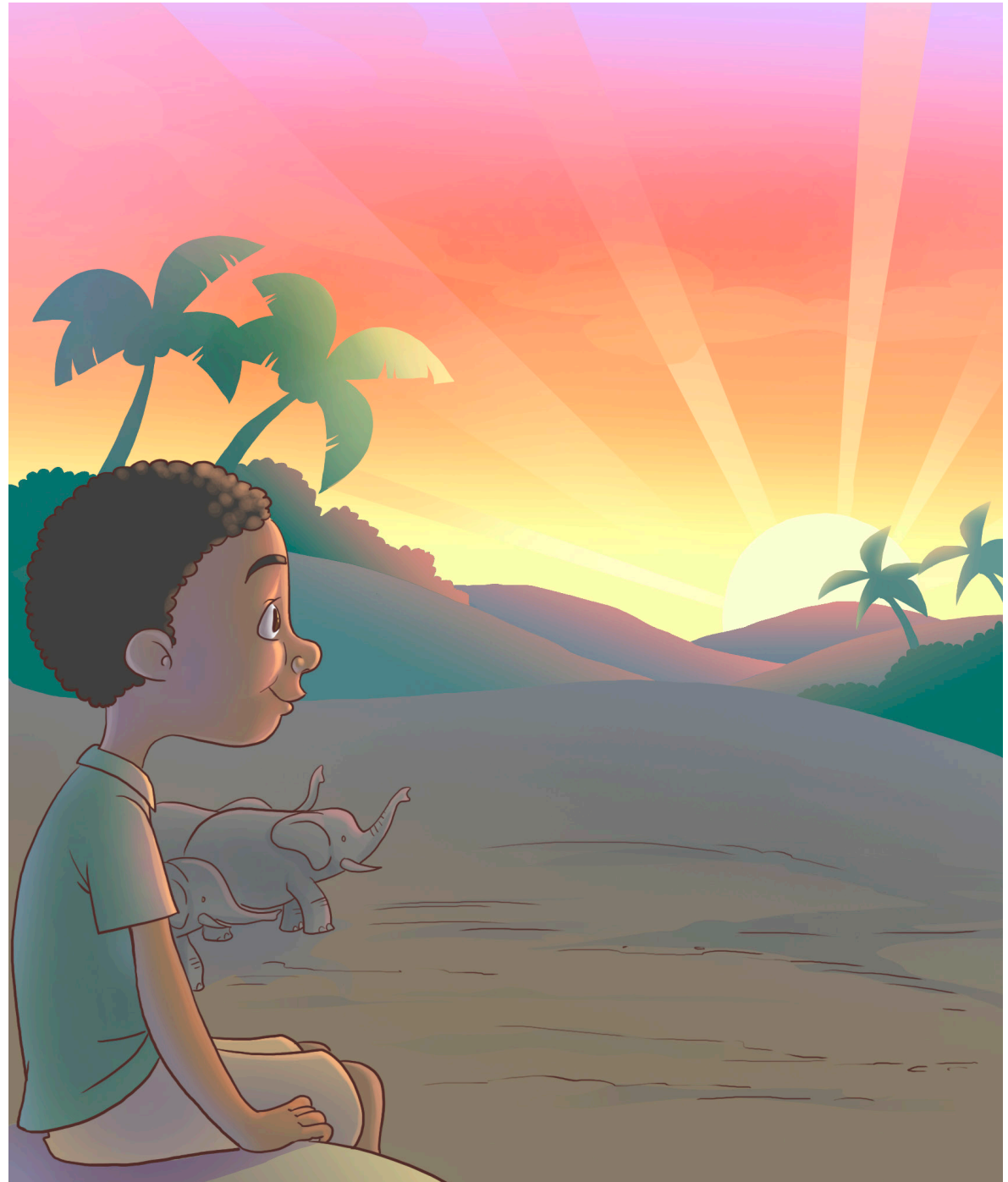
Sentado y en silencio, Namba sentía que podía escuchar la voz del Creador hablándole. Aspiró profundamente el refrescante aire de la tarde. De pronto sintió el deseo de comunicarse con el gran Creador.

El sol desapareció por completo tras el horizonte y el cielo empezó a tornarse de color rosa y morado. Namba puso la mirada sobre la planicie y preguntó:

—Dios, ¿estás ahí? ¿Quién eres?

Para su sorpresa, una voz respondió. Era tan suave como el viento. Dijo:

—Sí, estoy aquí. Soy el gran Creador del universo. Yo creé el cielo, la luna, las estrellas, las plantas y los animales. Te creé a ti. ¡Te amo y cuido de ti! Te guardo y te protejo. Y cuando te detienes a escucharme, me encanta hablar contigo.



El corazón de Namba dio un vuelco de emoción. Apenas podía creer que el gran Creador le había hablado. El joven sonrió. Se sentía muy amado.

—Gracias, querido Dios, por todos los regalos que me has dado. Gracias por el sol, la luna y las estrellas.

Levantó la mirada hacia las primeras estrellas que aparecían sobre él, ahora que el sol se había puesto.

—Gracias por la gran planicie. Gracias por la selva. Gracias por los animales, y por la refrescante brisa. Y gracias por hacerme a mí.

Se levantó y estiró las piernas. Había estado sentado en la misma posición durante más de una hora, pero parecía que ese tiempo maravilloso había transcurrido en tan solo unos pocos minutos.

Antes de emprender el camino a casa, Namba dirigió la mirada una vez más a la planicie y susurró:

—Gracias por esta roca donde me puedo sentar a observar Tu creación y hablar contigo. Volveré mañana.

Con eso, Namba corrió a casa para cenar con su familia.

